



*El pasillo de arriba en la actualidad*

### 3 ¡HACE 50 AÑOS!

**Jesús Gómez Fernández Cabrera (SE)**

Es gratificante mirar hacia atrás si lo que se avista es bueno y satisfactorio para uno. Así me ocurre al acometer estas líneas, con la duda y la esperanza de que puedan interesar en algo a algún lector. Las reformas del concilio Vaticano II y el rebufo del mayo del 68 llegaban al seminario donde yo estudiaba los últimos cursos de Teología, inoculando en muchos de nosotros la necesidad del cambio en la forma de ser escolapio. Tras debates, propuestas y negociaciones conseguimos parar los estudios y el seminario para ir a trabajar. Yo fui al colegio de Getafe, donde confirmé que esas estructuras comunitarias y educativas no respondían a la idea que yo tenía sobre el papel de la Iglesia en la educación. Corría el curso 1970-71, yo tenía 22 años. Tuve la suerte de encontrar allí compañeros con los que promovimos las batallas y las reformas que estuvieron a nuestro alcance y, lo que fue más importante, entablamos contactos con colectivos que me abrieron los ojos a la realidad social y política del momento y con otros escolapios que también buscaban alternativas a su presencia en un mundo cambiante. Estos contactos propiciaron mi participación en

unas reuniones en el desaparecido colegio de San Antón de Madrid, donde un pequeño grupo pretendíamos articular una propuesta para crear una nueva comunidad que realizara un trabajo educativo acorde a nuestras ideas cristianas, pedagógicas y sociales, en sintonía con el movimiento renovador que corría en la iglesia española de entonces (comunidades de base, curas obreros, compromiso político, etc.).

Esas reuniones los sábados, en las que participaba Corzo, me abrieron la puerta para incorporarme al proyecto de Santiago Uno. Mis conocimientos de Barbiana y de Milani no iban más allá de la *Carta a una maestra*, eso sí acompañada de amplias reflexiones y debates suscitados entre nosotros por aquel libro cuando llegó a nuestras manos.

El padre Ángel Ruiz, a las sazón superior de Castilla, aprobó y apoyó nuestra propuesta y puso a disposición el local de la calle Santiago nº 1, que llevaba cerrado varios años. Se configuró un grupo de seis escolapios jóvenes, de perfiles y formaciones diversas, con un decidido compromiso de trabajar al máximo para que nuestra aventura cuajara y tuviera éxito. Esos



*Mesa de la sala Milani*

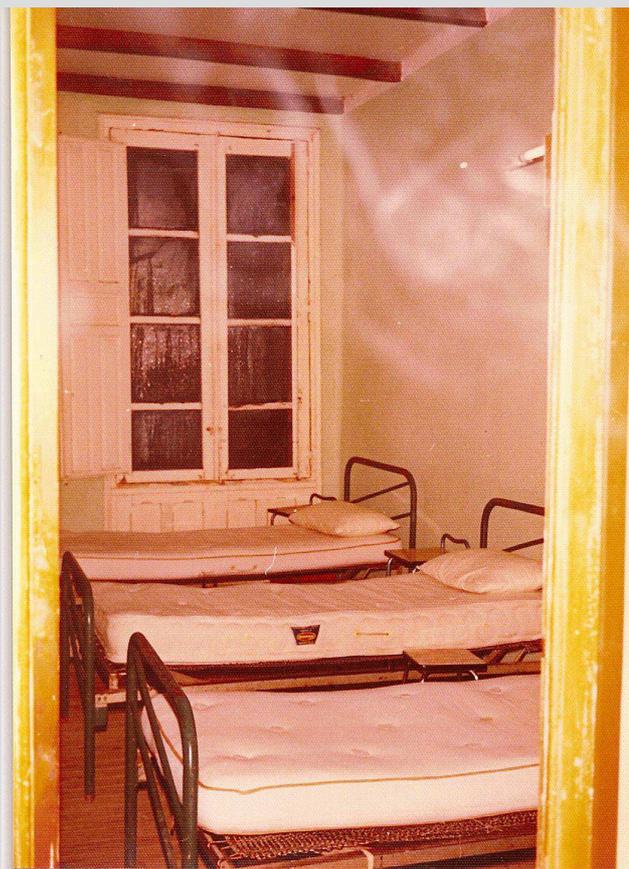


compañeros han seguido presentes en mi vida durante estos 50 años, y les quiero mostrar mi afecto y mi agradecimiento por lo que me hicieron crecer .

Terminado el curso 70-71, teníamos el verano por delante para poner en marcha el proyecto. Entre las múltiples líneas de trabajo que tuvimos que afrontar destacaré dos. Una de ellas era organizar la vida de nuestra *nueva* comunidad escolapia y elaborar el proyecto pedagógico a desarrollar. Todos teníamos ideas y hacíamos nuestras aportaciones, pero es justo señalar que el liderazgo corría a cargo de Corzo. La otra era rehabilitar el edificio y acomodarlo a las varias funciones que debía prestarnos: alojamiento de los chicos, vivienda de la comunidad y espacios multifuncionales para las actividades educativas que pretendíamos desarrollar.

Las obras de rehabilitación nos llevaron todo el verano a jornada completa. Los medios eran escasos y había que arrimar el hombro; dos albañiles y nosotros como peones conformamos la brigada de trabajo. Lo mismo picábamos una pared, que hacíamos cemento, poníamos una instalación eléctrica, pintábamos... ¡lo que hiciera falta! Contamos con el apoyo inconmensurable de un grupo de voluntarios que nos ayudaron desde el comienzo y que de alguna manera formaron parte de Santiago Uno. Nunca olvidaré la ayuda y el cariño de Rafalo y Anamari, Ricardo y Rosa, Javier Juárez, Ara, Paco Ruz y tantos otros. De esta incursión en la albañilería recordaré una anécdota entre muchas: escribo justo el 11 de septiembre, fecha señalada (Allende, Torres Gemelas...) y día en que se cumplen 50 años de mi caída desde el techo de una de las habitaciones de los chicos en las que colocábamos un cielo raso, con la suerte de que fui a caer sobre un armario, lo que evitó lo que podría haber sido más grave. Lo del cielo raso tiene su interés: el edificio tenía unos techos altísimos que nos propusimos bajar para hacer las habitaciones más confortables y, como los medios eran escasos y un cielo raso al uso no estaba a nuestro alcance, se nos ocurrió un invento ¡que no patentamos!, cruzar unos listones de madera de pared a pared y sobre ellos colocar planchas de *poliespan*, material novedoso entonces y barato.

Otra iniciativa que también dio mucho juego



El techo de "poliespan"

fue la reconversión de parte de la capilla que allí existía en sala de usos múltiples, en cuya cabecera colocamos la mítica foto de Milani rodeado de sus alumnos (6.2.1972). La tarima sobre la que se encontraba el altar la transformamos en una gran mesa en torno a la cual se hicieron cientos de clases, reuniones, sesiones de «dejarse preguntar», conferencias, etc. etc. Si la mesa pudiera hablar dispondríamos de una magnífica radiografía de Santiago Uno.

Y para dejar el tema de las manualidades, no puedo olvidar la gran satisfacción que me produjo la última vez que visité Santiago Uno hace unos años ver que se conservaba el gran *collage* representando el Pantocrator que, con un grupo de chavales, hicimos para decorar el fondo del pasillo de arriba.

El 4 de octubre llegaron los primeros chicos a la residencia. Imposible nombrarlos a todos, recuerdo todas sus caras a pesar de mi mala memoria. También llegó la señora Asteria para ponerse al frente de los fogones y, cuando ella marchó, se integraron en nuestro proyecto Consuelo Morín y Cloti, de las que conservo



gratos recuerdos. También recuerdo cómo se fueron trabando las complicidades, dibujándose los roles y configurándose poco a poco una dinámica experimental que, con altos y bajos, fue dando forma y haciendo realidad nuestro proyecto.

Cómo no aludir en esta remembranza al grupo que pilotamos aquellos inicios. A partir de cero diseñamos piezas y engranajes para conformar un equipo que funcionara, como de hecho funcionó. Lo hicimos a base de diálogo, con momentos buenos y menos buenos, siendo el balance claramente positivo. Y quiero resaltar el cambio que supuso el modelo de convivencia conseguido, fresca y cercana, sin nada que ver con las encorsetadas comunidades religiosas al uso. Compartíamos todo, trabajábamos mucho, discutíamos mucho y nos reíamos y disfrutábamos también mucho. Como detalle ilustrativo quiero recordar cómo Carlos y yo compartíamos habitación, en la que por cierto no había secretos, dada la fragilidad del *poliespan* del techo, y al acostarnos comentábamos el día, nos contábamos chascarrillos, y ya metidos en la cama Carlos leía en voz alta libros de picaresca que yo escuchaba con agrado, aunque por poco tiempo porque me dormía al momento, lo que daba pie a mi amigo a hacer bromas y comentarios jocosos sobre mi interés por la lectura. Son recuerdos que nos divierten cuando los comentamos al día de hoy. Fueron dos cursos (71-72 y 72-73) en los que viví la experiencia de Santiago Uno, repletos de ilusiones, descubrimientos, aprendizajes, trabajos, amistades, etc. que dejaron huella y me hicieron crecer. Años después, trabajando a partir de 1975 como maestro en la escuela pública y enrolado en los movimientos de renovación pedagógica, la teoría y experiencia educativa de Milani estuvieron siempre presentes.

Escribo estas letras cuando me encuentro disfrutando jubilosamente mi jubilación, a la que llegué tras haber dejado atrás los años de magisterio, cuando cambié de profesión y me dediqué desde 1984 a temas relacionados con la gestión de la documentación, administración electrónica, etc. en la Junta de Andalucía y los compaginé con la docencia universitaria de esas materias. Actualmente empleo mi tiempo en estudiar y escribir la historia local de Orgaz (en Toledo) que es mi pueblo.

#### 4 Santiago Uno *ENHECHIZA* los corazones

Jesús Diéguez (M)



Como la de otros muchos, mi vida laboral, ya finalizada, ha transcurrido en el campo de la educación. He vivido variadas experiencias, casi siempre positivas pero nunca he olvidado la primera que tuvo lugar en una casa-escuela salmantina. Otra de mis aficiones ha sido la escritura y he publicado varias novelas. En una de ellas, titulada *Las citas cervantinas*, el protagonista revive algunos aspectos típicos de Santiago I e imagino que fue invitado a *dejarse preguntar* en una de las sesiones de los viernes. Aparece en el texto el libro origen de nuestra experiencia y alguna estrategia que puede resultar sorprendente,